Notas de andar y ver

Jesús Silva-Herzog Márquez

Isaiah Berlin y Dolly. Un caudal de textos en celebración de la vida de Isaiah Berlin se publicaron tras su muerte. En México, en donde hemos podido seguir las reflexiones del exquisito historiador de las ideas gracias a la labor del Fondo de Cultura Económica y de la revista Vuelta, se publicaron un manojo de artículos en su memoria. De fuera he encontrado una multitud de artículos valiosos. EnThe New Republic del 1 de diciembre, Leon Wieseltier resaltaba la multiplicidad de los herederos del muy británico pensador letón. Los pluralistas, los racionalistas, los demócratas, los nacionalistas y los sionistas deberán guardar luto por el deceso de Berlin: todos ellos eran sus parientes. EnThe New York Times, Paul Johnson elogiaba la elegancia de sus ensayos al tiempo que sugería que el autor del clásico ensayo sobre los dos conceptos de libertad, había sido un filósofo que nunca tomó riesgos. En El País, su admirador peruano Mario Vargas Llosa lo describía como un hombre sabio, liberal y discreto. The NewYork Review of Books, el espacio en donde publicó muchos trabajos, dedica una buena parte de su edición del 18 de diciembre a recordarlo, incluyendo un retrato del gran pintor Lucien Freud. Michael Ignatieff, el historiador que trabaja actualmente en su biografía, adelanta unas pinceladas de su estudio. Alfred Brendel, el famoso pianista, resalta al melómano que Isaiah Berlin fue: su predilección por la ópera de Verdi y Rossini, su deseo de que una sonata de Shubert se tocara en su entierro. A fin de cuentas, dice Brendel, Berlin encontró en la música el refugio para enfrentar el siglo en el que vivió, un siglo que aborreció intensamente.
Pocos han comentado, sin embargo, una de las últimas manifestaciones de su racionalismo liberal: la defensa de los estudios en materia de clonación de seres humanos. En julio de 1997, Isaiah Berlin, junto con otras respetados intelectuales como W. V. Quine, Simone Veil, Kurt Vonnegut y Edward Wilson, firmó una declaración a favor de los estudios que investigan la calca genética de los animales. La discusión, como se sabe, fue animada por el éxito del ingeniero genético !ant Wilnut, quien trajo al mundo a Dolly, una copia exacta de una oveja escocesa. La declaración de los miembros de la Academia

Internacional de Humanismo que fue publicada en Free Inquiry Magazine, sostiene que la libertad y la integridad científica se encuentran amenazadas por un resurgimiento de las supersticiones que ha encontrado respaldo en personajes como Bill Clinton, Jacques Chirac o Juan Pablo II, quienes pretenden que estos estudios se retrasen o, de plano, se suspendan. El temor frente a la donación proviene, según los firmantes del manifiesto, de la noción medieval de que hay ciertos asuntos que el hombre no debe conocer: sabidurías pecaminosas. Zonas en que la oscuridad, la ignorancia son un deber moral. Frankestein regresa como la encarnación de nuestros vicios racionalistas: "La opción ludita, esa que pretende detener el reloj y limitar o prohibir la aplicación de tecnologías ya existentes nunca ha sido una opción realista o productiva. Los beneficios

potenciales de la donación pueden ser tan inmensos que sería una tragedia si arcaicos escrúpulos teológicos nos condujeran a una reacción ludita a la donación. Llamamos a la continuación responsable de las técnicas de la donación y al arribo a un amplio compromiso que asegure que las visiones tradicionalistas no obstruirán el desarrollo científico."

La donación, habría que agregar, es un fenómeno natural que se ha producido desde que el hombre existe. Los gemelos son, en efecto, clones naturales. El hecho de que la ciencia pueda producir mellizos artificiales no es ningún horror. Por el contrario, es un avance técnico que puede eliminar muchos trastornos genéticos que no tienen por qué dejarse al azar o a la decisión de un ser superior. Quienes creen que la donación cancela la individualidad creen que la identidad genética define fatalmente la identidad moral de un ser humano. La vida de los seres libres, habría que contestar, es mucho más que cromosomas. A pesar de aquella mala película, el niño que tenga una nariz idéntica a la de Hitler no estará condenado a ser fascista.

Estas supersticiones anticientíficas parecen herederas, a fin de cuentas, de las perversas teorías eugenésicas que pensábamos superadas.

Fray Servando y su doble. Tusquets acaba de publicar El mundo alucinante, la máxima novela de Reinaldo Arenas. El mundo alucinante es, como se advierte en el subtítulo, una novela de las aventuras de Fray Servando Teresa de Mier: "hombre de mil dimensiones, cándido pícaro, aventurero, exaltado". No se trata, de modo alguno, de una novela "histórica". Todo lo contrario, es una biografía fantástica. Así lo explica Arenas: "La Historia recoge la fecha de una batalla, los muertos que ilustraron la misma, es decir, lo evidente. Estos terribles mamotretos resumen (y es bastante) lo fugaz. El efecto, no la causa. Más que en la historia –anota en el prólogo de la obra– busco en el tiempo. En ese tiempo incesante y diverso, el hombre es su metáfora." Liberado de la historia, el personaje de la novela navega en lo fantasmagórico. "Quien, por truculencias del azar, lea alguno de mis libros, no encontrará en ellos una contradicción, sino varias; no un tono, sino muchos; no una línea, sino varios círculos. Por eso no creo que mis novelas puedan leerse como una historia de acontecimientos concatenados sino como un oleaje que se expande, vuelve, se ensancha, regresa, más tenue, más enardecido, incesante, en medio de situaciones tan extremas que de tan intolerables resultan a veces liberadoras."

Arenas se encontró en Fray Servando, hombre en fuga perpetua, inteligencia de imaginación potente, habitante de todos los calabozos, predicador delirante, orador visionario, político escapista que vivió la más novelable vida mexicana. No con eso quiero decir que el recuerdo del padre Mier pueda quedarse en la rica narración de sus aventuras. Mier ha sido una de nuestras máximas inteligencias. Edmundo O'Gorman ha dedicado páginas brillantes al análisis de ese pensamiento exótico en El heterodoxo guadalupano publicado por la UNAM. La novela del perseguido escritor cubano germina de una carta entre gemelos:

"Querido Servando: Desde que te descubrí, en un renglón de una pésima historia de la literatura mexicana, como 'el fraile que había recorrido a pie toda Europa realizando aventuras inverosímiles', comencé a tratar de localizarte por todos los sitios. Revolví bibliotecas infernales, donde la palabra `fraile' provoca el desconcierto de los referencistas, me comuniqué con personas que te conocían con la distancia característica y el rasgo deshumanizado que suponen las erudiciones adquiridas en los textos de historia. También fui a embajadas, a casas de cultura, a museos, que, desde luego, nada sabían de tu existencia. No obstante, la acumulación de datos sobre tu vida ha sido bastante voluminosa; pero lo que más útil me ha resultado para llegar a conocerte y amarte, no fueron las abrumadores enciclopedias, siempre demasiado exactas, ni los terribles libros de ensayos, siempre demasiados inexactos. Lo más útil fue descubrir que tú y yo somos la misma persona." Arenas y Servando vivieron "entre la desolación y el arrebato, entre la justificada furia y el injustificado optimismo, entre la rebeldía y el escepticismo, entre el acoso y la huida, entre el destierro y la hoguera." Esa memoria de soledad que es Antes que anochezca de Reinaldo Arenas resulta, en efecto, libro gemelo de las Memorias de Fray Servando.

La televisión según Bourdieu. Para entender la política los griegos estudiaron el lenguaje. Maquiavelo la historia, Montesquieu las instituciones, Tocqueville las costumbres. Si queremos entenderla hoy, además de entender los puentes de comunicación, el pasado, las leyes y los valores, necesitamos estudiar su nuevo templo: la televisión. Nuestra era vive encerrada en la política de lo visual. Popper, Paz, Sartori, Debray han dedicado párrafos memorables al análisis de ese aparato que se ha convertido en órgano esencial de la vida contemporánea. Parece ser una coincidencia la advertencia: la televisión puede ser una amenaza a la convivencia democrática. Tras las luces hipnóticas de la pantalla, el pueblo se desfigura: se vuelve público. El imperio de la televisión rinde culto a la emotividad y a la superficialidad, se columpia entre el dramatismo y la frivolidad.
El sociólogo francés Pierre Bourdieu ha publicado recientemente un ensayo que analiza el discurso de la pantalla.

Hoy que nuestra televisión ha entrado a la competencia resulta evidente que el mercado es otra forma de sometimiento periodístico. El estudio del profesor del Collége de France es un librito publicado por Anagrama con el título Sobre la televisión. Lejos de ser un instrumento de la transparencia, la caja de imágenes es una institución de la censura. No se trata de opresión gubernamental: son los propios códigos del medio los que imponen el silencio o, más comúnmente, la falsificación. Cuando un opinador aparece en la televisión no puede decir lo que quiere decir. La cámara resulta el peor vehículo para expresar el pensamiento. Las ideas que logran expresarse en la televisión son ideas urgentes, palabras que se escupen a bote pronto. La televisión produce una especie de fast food del pensamiento. Mientras el entendimiento reclama reposo, la televisión exige que las palabras se desenrollen a toda velocidad. Así, los opinadores televisivos no hacen más que salivar las ideas que pensaron antes o que pensaron otros. Si es un vidrio tan deformante, vale preguntar, ¿por qué resulta tan atractivo? Los intelectuales franceses que llenan las pantallas de la televisión lo hacen porque

éstas se han convertido en lugares de exhibición narcisista. "Para algunos de nuestros filósofos — escribe el sociólogo— ser es ser visto en la televisión." Lo dice casi en los mismos términos el protagonista de To die for, la película de Gus Van Sant: "En Estados Unidos no eres nadie si no sales en la televisión. ¿Qué sentido tiene hacer algo si nadie te está viendo?" La televisión convierte la política en show. Sometida al estatuto del espectáculo, la política se abarata. Lo que cuenta es que el circo sea entretenido, que esté salpicado de escándalo, emoción, simpleza. En la telecracia la aburrición es peor que el crimen.